

ANA LOZANO VALVERDE

Felicia

(Sobre el escenario, un cartel anuncia: "Encuentros de mujeres". Entre el público, una mujer alza la mano pidiendo la palabra. Se levanta y entra en escena.)

Permítanme que me presente. Me llamo Lucía, tengo 43 años, trabajo como auxiliar administrativa en una multinacional, me acabo de separar y tengo un hijo de 14 años que está con su padre porque yo lo he querido así. No me gusta mucho mi trabajo, pero no le dedico demasiado tiempo y me da para vivir bien. Por las tardes, hago lo que más me gusta que es pintar, y no se me da mal, o eso es lo que me dice Felicia.

Estoy aquí porque quiero contarles una historia realmente divertida, y eso que, aunque ustedes no lo crean, hace tan solo tres años yo carecía completamente de sentido del humor. Verán, no es que me tomara las cosas a pecho, ni que nada me hiciera gracia, simplemente ocurrió que el día que cumplí los 40 dejé de reírme.

Había empezado a notar los síntomas meses antes: pérdida de sonrisa, ausencia de jolgorio, abandono de comicidad. No entendía lo que de divertido veía mi marido en la televisión, ni mi hijo en esas conversaciones que mantenía durante horas con sus amigos del instituto.

Al principio nadie notó nada, mientras la ropa estuviera limpia y la comida a su hora poco les podía importar, pero enseguida comenzaron los problemas. Una noche vino a cenar un compañero de trabajo de mi marido que resultó ser muy chistoso. Terminaba cada frase con una gran carcajada, que yo no alcanzaba a descifrar. ¡Un aburrimiento! Lo peor es que él insistía una y otra vez en hacerme entender aquellos chistes que venían a demostrar el bajo coeficiente intelectual de los nacidos en Lepe. No hubo forma, no apareció ni una mueca en mi rostro. Mi marido se enfadó mucho, me acusó de haber estado toda la noche con cara de perro. Me dijo palabras muy feas, de esas que se dicen cuando el desprecio acumulado en años de matrimonio es más fuerte que el amor, que se esfumó al año de convivencia. Yo me eché a llorar, eso sí que me salía bien. Lloré tanto que mi familia pensó que estaba enferma -loca, dijeron en realidad- así que me aconsejaron que fuera a ver a un psicólogo.

Yo al principio no quería, pero cambié de opinión cuando leí una noticia en el periódico. “Según las estadísticas, reírse 10 minutos al día alarga la vida”. No sabía si la cuenta funcionaría al revés, es decir, si por cada día que pasara sin una sonrisa estaría cada vez más cerca del fin, pero por si acaso acepté el consejo de recibir ayuda médica. A la tercera sesión desistí. Resultaba que la culpa de todo la tenía mi madre. ¡Vamos hombre! Ella, que con su permanente alegría nos ha hecho superar las mayores crisis adolescentes y los momentos difíciles. Por ahí sí que no pasaba, así que decidí invertir mejor el dinero y disfrutar del tiempo libre que me ofrecía fingir que seguía yendo al médico.

Un día, después del trabajo, invité a comer a Felicia, una compañera que en muchas ocasiones me había propuesto ir juntas al cine o a tomar algo y a la que siempre le había dicho que no, por mis obligaciones familiares. Nos bebimos una botella y media de vino charlando, y luego me invitó a tomar un licorcito a su casa, en la que vivía sola. Después de dos orujos de hierbas acabamos tumbadas en el sofá, mi cabeza reposando sobre su vientre, y entonces ocurrió

lo inesperado. No sé por qué, ella empezó a reírse. De sus profundidades comenzó a brotar una risa suave, franca, cristalina, una risa llena de belleza que inundó mis oídos, y me obligaba a moverme rítmicamente, tal y como estaba apoyada sobre ella. Acabó contagiándome. Cerré los ojos y comencé a sentir un extraño temblor en algún punto de mis entrañas, una sensación de bienestar que recorrió mi cuerpo. Me dejé llevar. Me partí de risa.

Nos seguimos viendo tres días por semana, las tardes en las que supuestamente yo iba a la consulta, incluso me ofreció su casa como estudio para que empezara de nuevo a pintar. Después de dos semanas ya no era la misma. El cambio no tardó en hacerse notar en mi casa, y esta vez sí que se dieron cuenta enseguida.

Un día que estaba planchando, se me fue la cabeza y quemé la camisa azul de mi marido, su favorita. Al ver su cara me eché a reír, juro que fue sin malicia. A partir de ese momento, de vez en cuando soltaba carcajadas sin que nadie supiera por qué. Mi familia pensó que seguía enferma -loca, dijeron en realidad-, que me había ido al otro extremo. Me aconsejaron que, por favor, no dejara de visitar al psicólogo, lo que me hizo más gracia todavía. Pero a ellos no, porque no tienen ningún sentido del humor.

Ése precisamente fue el motivo de la separación. Decidí marcharme a casa de Felicia, cuando ella me lo pidió. Quiere montar una exposición con mis cuadros, en la galería de una conocida suya. Dice que me podría ganar la vida pintando. Debo ser una persona muy simple, pero a mí de momento me basta con quedarme como estoy, con un trabajo que me gusta regular, pero con una amiga que cada día me regala el don de su nombre: Felicia, felicidad.